



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVII

Nº 22

12.03.2023

DOMINGO DE LA 3ª SEMANA DE CUARESMA

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Éxodo (Ex 17, 3-7)
Salmo Responsorial	Salmo 94 (Sal 94, 1-2. 6-7c. 7d-9)
2ª Lectura	De la carta de San Pablo a los Romanos (Rom 5, 1-2. 5-8)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN JUAN (JN 4, 5-42):

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; **allí estaba el pozo de Jacob**. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «**Dame de beber**». [...]. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» Jesús le contestó: «**Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva**».

La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?» Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: **el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna**».

La mujer le dice: «Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». [...]. Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos; porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «**Soy yo, el que habla contigo**». [...].

La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; **¿será este el Mesías?**». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. [...]. Jesús les dice: «**Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra**». [...]. En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos.

Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; **nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo**».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

«... Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed...»



Los Evangelios relatan numerosos encuentros de Jesús con hombres y mujeres. Una característica común a todos estos episodios es la fuerza transformadora que tienen, ya que abren un auténtico proceso de conversión. Entre los más significativos está el de la mujer samaritana. Jesús la llama para saciar su sed, que, en realidad, el que pedía beber, tenía sed de la fe de la misma mujer. Al decirle, «**dame de beber**», y al hablarle del agua viva, el Señor suscita en la samaritana una petición, casi una oración, cuyo alcance real supera lo que ella podía comprender en aquel momento: **Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed**.

Ascesis cuaresmal, un camino sinodal

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2023 (y 2)

... También el proceso sinodal parece a menudo un camino arduo, lo que a veces nos puede desalentar. Pero lo que nos espera al final es sin duda algo maravilloso y sorprendente, que nos ayudará a comprender mejor la voluntad de Dios y nuestra misión al servicio del Reino.

La experiencia de los discípulos en el monte Tabor se enriqueció aún más cuando, junto a Jesús transfigurado, aparecieron Moisés y Elías, que personifican respectivamente la Ley y los Profetas. **La novedad de Cristo es el cumplimiento de la antigua Alianza y de las promesas;** es inseparable de la historia de Dios con su pueblo y revela su sentido profundo. De manera similar, el camino sinodal está arraigado en la tradición de la Iglesia y, al mismo tiempo, abierto a la novedad. **La tradición es fuente de inspiración para buscar nuevos caminos, evitando las tentaciones opuestas del inmovilismo y de la experimentación improvisada.**



El camino ascético cuaresmal, al igual que el sinodal, tiene como meta una transfiguración personal y eclesial. Una transformación que, en ambos casos, halla su modelo en la de Jesús y se realiza mediante la gracia de su misterio pascual. Para que esta transfiguración pueda realizarse en nosotros este año, quisiera proponer **dos “caminos” a seguir** para ascender junto a Jesús y llegar con Él a la meta.

El primero se refiere al imperativo que Dios Padre dirigió a los discípulos en el Tabor, mientras contemplaban a Jesús transfigurado. La voz que se oyó desde la nube dijo: **«Escuchadlo»** (Mt 17,5). Por tanto, **la primera indicación es muy clara: escuchar a Jesús.** La Cuaresma es un tiempo de gracia en la medida en que escuchamos a Aquel que nos habla. ¿Y cómo nos habla? Ante todo, en la Palabra de Dios, que la Iglesia nos ofrece en la liturgia. No dejemos que caiga en saco roto. Si no podemos participar siempre en la Misa, meditemos las lecturas bíblicas de cada día, incluso con la ayuda de internet. Además de hablarnos en las Escrituras, el Señor lo hace a través de nuestros hermanos y hermanas, especialmente en los rostros y en las historias de quienes necesitan ayuda. Pero quisiera añadir también otro aspecto, muy importante en el proceso sinodal: **el escuchar a Cristo pasa también por la escucha a nuestros hermanos y hermanas en la Iglesia;** esa escucha recíproca que en algunas fases es el objetivo principal, y que, de todos modos, siempre es indispensable en el método y en el estilo de una Iglesia sinodal.

Al escuchar la voz del Padre, *«los discípulos cayeron con el rostro en tierra, llenos de temor. Jesús se acercó a ellos y, tocándolos, les dijo: “Levantaos, no tengáis miedo”. Cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús solo»* (Mt 17,6-8). He aquí la segunda indicación para esta Cuaresma: **no refugiarse en una religiosidad hecha de acontecimientos extraordinarios, de experiencias sugestivas, por miedo a afrontar la realidad con sus fatigas cotidianas, sus dificultades y sus contradicciones.** La luz que Jesús muestra a los discípulos es un adelanto de la gloria pascual y hacia ella debemos ir, siguiéndolo **“a Él solo”**. La Cuaresma está orientada a la Pascua. El “retiro” no es un fin en sí mismo, sino que nos prepara para vivir la pasión y la cruz con fe, esperanza y amor, para llegar a la resurrección. De igual modo, el camino sinodal no debe hacernos creer en la ilusión de que hemos llegado cuando Dios nos concede la gracia de algunas experiencias fuertes de comunión. También allí el Señor nos repite: **“Levantaos, no tengáis miedo”**. Bajemos a la llanura y que la gracia que hemos experimentado nos sostenga para ser **‘artesanos de la sinodalidad’** en la vida ordinaria de nuestras comunidades.

Queridos hermanos y hermanas, que el Espíritu Santo nos anime durante esta Cuaresma en nuestra escalada con Jesús, para que experimentemos su resplandor divino y así, fortalecidos en la fe, prosigamos juntos el camino con Él, gloria de su pueblo y luz de las naciones.

Roma, San Juan de Letrán, 25 de enero de 2023, Fiesta de la Conversión de san Pablo
Francisco

Sobre mis hombros caía de nuevo el montón de preocupaciones propias de un padre. ¡Y en qué momentos! Cuando la vida, la hacienda y la honra estaban, indefensas, a merced de cualquier malvado que quisiera pisotearlas. En mi casa reinaba el silencio de la angustia y el terror. Yo no salía a la calle, sino lo indispensable para las necesidades de la vida.

Un día, vinieron a llevarse al hijo mayor de nuestros vecinos. Al muchacho lo fusilaron en Paracuellos; así que quemamos toda la documentación que yo guardaba del año en que fui Subsecretario de Instrucción Pública en el Gobierno. Al día siguiente, y fue providencial, registraron mi casa. Pasábamos horas atisbando los coches que se detenían en el portal. Contábamos los escalones que subían y cuando habían pasado nuestro piso suspirábamos. ¡La muerte iba a otra casa! Mi familia y la antigua sirvienta que teníamos, se reunían y estaban horas rezando. Yo entonces no podía, y acaso no sabía, rezar y agradecer aquella tierna y sumisa fe de las buenas mujeres.

En esta situación, el 26 de septiembre, al mes del fusilamiento de mi yerno, recibí el aviso confidencial de que debía irme de casa y de España, pues se había acordado por ciertos descontentos de mi gestión en la Facultad de Filosofía darme muerte. Obtuve un salvoconducto por medio de un ministro, y salí para Francia. En Barcelona estuve a punto de ser detenido, al confundirme con otra persona. Por fin salí de España y llegué a París el 2 de octubre. Tenía setenta y cinco francos en el bolsillo.

Repito que es necesario el relato de antecedentes que acaso puedan contribuir a hacer plausible una explicación natural del hecho, que a mí me parece sobrenatural. Ya que ha de tener en su poder todos los datos para juzgar el caso, y el principal era el estado de ánimo en que estaba sumergido por los acontecimientos. Me parece firmísimamente que ese estado de ánimo no basta a dar cuenta por entero de ciertos aspectos y matices de lo que me aconteció, pero debo declarárselo totalmente para que pueda juzgar con entero conocimiento.

Llegué, pues, a París sin dinero y con el alma transida de angustia y de dolor y además corroída por preocupaciones de índole moral. ¿Había hecho bien en abandonar mi casa y a mis hijas y ponerme egoístamente a salvo? Más, por otra parte, si la confidencia era cierta, y no tenía motivo ninguno para dudar de ella y sí muchas razones para concederle entero crédito, yo habría sido fusilado, o por lo menos encerrado en prisión y puesto en situación de no poder auxiliar a mi gente y aun de serles más perjudicial y gravoso que en el destierro de París. Y todavía hoy, cuando los hechos han demostrado con harta evidencia lo acertado que estuve en salir de Madrid, todavía, a veces, sorprende en mi alma cierto reproche de egoísmo, al salir precipitadamente de Madrid. ¿Qué le parece a usted?

En París, Dios me protegió para no dejarme caer en la total miseria. Un buenísimo amigo, español, que tiene un pisito en París, me proporcionó una cama y un armario. Una buenísima señora, francesa, viuda de un antiguo compañero mío de La Sorbona, me brindó la mesa de su hogar. Dormía, pues, y comía no sin humillación, pero con gratitud a mis bienhechores. En casa de mi amigo pasaba las noches y las mañanas. Salía a comer y a cenar a casa de madame Malovoy. Mas como el señor Selgas, que actuaba de correo secreto de París a Biarritz, permanecía muchos días ausente de París, era frecuente el caso de estar yo solo en el pisito. He aquí otro detalle quizá importante. Porque esta soledad, sobre todo nocturna, hubo de influir también no poco en mi estado de ánimo.

Yo padezco bastante de insomnio. En épocas normales suelo combatirlo con métodos psicológicos, que eran para mí eficaces, como repasar *in mente* teorías filosóficas, físicas, o matemáticas, o problemas de ajedrez; en suma: series de ideas complicadas en las cuales no pongo yo ningún interés personal o afectivo. Pero estos medios, que suelo usar con fortuna para conciliar el sueño rebelde, me fallan cuando tengo alguna emoción profunda, tenaz, puesto que el pensamiento y la imaginación se me van tras la preocupación afectiva y sentimental que me embarga. Por eso, cuando verdaderamente me hallo bajo el peso de una honda preocupación, el insomnio en mí es casi irremediable, y sólo la fatiga física, a muy altas horas y por poco tiempo, acaba por rendirme.





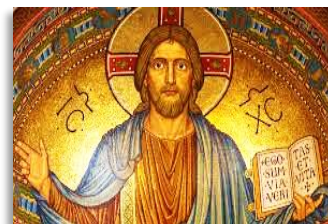
Especial Jóvenes

Parroquia NTRA. SRA. REINA del CIELO

Año XII
Nº 22
12.03.2023

LA IGLESIA (4): (Cont. de la HS anterior)

Santidad: la Iglesia católica, a pesar de los pecados y faltas de cada uno de sus miembros que peregrinan en la Tierra, es en sí misma "santa" pues "Santo" es su fundador y "santos" son sus fines y objetivos. Asimismo, es santa mediante sus fieles, ya que ellos realizan una acción santificadora, especialmente aquellos que han alcanzado un alto grado de virtud y han sido canonizados por la misma Iglesia. La Iglesia católica contiene la plenitud de los medios de santificación y salvación. Es Santa porque sus miembros están llamados a ser santos.



Catolicidad: con el significado de "universal" la Iglesia es "católica" en cuanto busca anunciar la Buena Nueva y recibir en su seno a todos los seres humanos, de todo tiempo y en todo lugar, que acepten su doctrina y reciban el Bautismo; dondequiera que se encuentre uno de sus miembros, allí está presente la Iglesia Católica. También es "católica" porque Cristo está presente en ella, lo que implica que recibe de Él la plenitud de los medios de salvación.

Apostolicidad: la Iglesia católica fue fundada por Cristo sobre el fundamento de Pedro y los demás apóstoles. Todo el Colegio Apostólico goza de autoridad siempre que esté en comunión con Pedro y sus sucesores; Pedro y los demás Apóstoles tienen en el papa y los obispos a sus sucesores, que ejercen la misma autoridad y el mismo poder que en su día ejercieron los primeros, que fueron elegidos e instituidos por Cristo. También es "apostólica" porque guarda y transmite las enseñanzas oídas a los apóstoles.

Estos atributos se encuentran en todas las Iglesias particulares que engloba la Iglesia católica, que son las Iglesias particulares de la Iglesia latina (con ritos latinos) y las Iglesias católicas orientales (con ritos orientales); todas ellas tienen en común los mencionados atributos o características esenciales y la autoridad suprema del sumo pontífice como vicario de Cristo en la Tierra.

La doctrina fundamental para la Iglesia católica se encuentra en el Credo, que recoge las fórmulas de fe elaboradas en los primeros concilios de la historia. El Credo encuentra una explicación sistemática en el Catecismo de la Iglesia Católica, aprobado en 1992 por Juan Pablo II y cuya versión definitiva fue promulgada en 1997. Una característica particular y genuina para distinguir a los católicos de los demás grupos cristianos es su aceptación de todos los concilios ecuménicos de la historia (desde el de Nicea I hasta el Vaticano II). La noción de Revelación es central en la doctrina católica, porque bajo tal término se incluyen dos fuentes inseparables entre sí: la Sagrada Escritura y la Tradición. Una síntesis sobre este tema se encuentra en la constitución dogmática Dei Verbum del Concilio Vaticano II. Para los católicos el culmen de la Revelación es Jesucristo.

La Revelación divina está contenida en las Sagradas Escrituras y en la Tradición, que constituyen un único depósito donde se custodia la palabra de Dios. Éstas son interdependientes entre sí: la Tradición transmite e interpreta la Escritura, y ésta, a su vez, verifica y convalida cuanto se vive en la Tradición (cfr. Catecismo, 80-82). La Tradición, fundada sobre la predicación apostólica, testimonia y transmite de modo vivo y dinámico cuanto la Escritura ha recogido a través de un texto fijado. «Esta Tradición, que deriva de los Apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo: puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón y, ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad».

Compendio de textos de varios documentos, entre otros: Brunori, Pedro. La iglesia católica: fundamentos, personas, instituciones. Ediciones Rialp. Cárcel Ortí, Vicente (2003). Historia de la Iglesia. La Iglesia en la época contemporánea. Ediciones Palabra. Franzen, August. Historia de la Iglesia. Santander: Editorial Sal Terrae. Lortz, Joseph. Historia de la Iglesia I. Ediciones Cristiandad. ISBN Lortz, Joseph. Historia de la Iglesia II. Ediciones Cristiandad. Martín Hernández, Francisco. Historia de la Iglesia. La Iglesia en la Época Moderna. Ediciones Palabra.

Continuará D.m. la próxima semana...